CUERPO DE ALMA

Manuel Tejedor Rábano

CUERPO DE ALMA

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, enero de 2025
© Manuel Tejedor Rábano, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-32-1
IBIC: DCFCF
DEPÓSITO LEGAL M-2363-2025

Florecer

Florece y aparta de todos los ojos del mundo
tu olvidada belleza.
No tienes ojos para verte cual eres
ni para ver el asombro de quienes te adoran.

Florece y aparta tu luz de estrella errante
de todos los planetas acechantes de satélites.
Los que te quieren y desean
no tienen ojos para verte y venerarte.

Se te quiere como quien en verdad quiere,
sin llegar a imaginarlo tanto, pero arrasado,
sin saberlo, pero tú no lo adivinas,
sin notar un día excepcional de gozo y aniversario.

Una monotonía ilumina el vuelo taciturno del amor.
Florece, solo sé bella,
lo demás se dará por añadidura.
Tus ropajes serán la tierra fértil, ciega pero materna.

El agua, con la visión borrosa de las lágrimas
como niebla de nubes, tropieza
sobre tus colores sin sentido.

Quieres ser la reina de un carnaval fastuoso
que, al desengalanarse del vuelo de sus trajes,
desnuda es miseria y torpeza,
cuando de ceniza eres el diamante que brilla en el fogón.

Cenicienta renegrida que sonríe con luz diamantina.
Un maravilloso mundo no es un maravilloso poema,
florecer es el portento y el ocaso del poema,
de la más bella, tierna y bondadosa flor sin concesiones.

Aunque la muerte llegue,
la muerte de la belleza es la inmortalidad.
La de la vida mediatizada es como la muerte de las cosas,
aturdida, desatendida no impresiona.

La muerte de lo muerto pasa desapercibida.
Florece tú, porque eres una criatura
que necesita brotar tal cual es,
amor súbito del sentimiento que acaricia.

Eres inmortal como ceniza encendida,
brasa apagada que aguarda su fuego.
No te consumas como fuego fatuo
para que te vean humilladas las veletas.

Cuando sople el viento con espíritu,
se llevará en sus aires tus pétalos,
pero las circunvalaciones de tu cerebro
harán requiebros por los recovecos de los cuerpos.

Huracanes que solo destruyen las cosas muertas,
que en su devenir encuentran
caminos aciagos que su ojo ciego engulle.
Son sombras de un alma de cielo sobre la tierra.

Circunstancias de una enfermedad incunable

No obró en ti el cariño, el milagro de tornar,
aprendiste pronto la magia del engaño placentero.
Cuando la oportunidad generosa fijó sus ojos en ti,
miraste de soslayo, aunque era yo el que te miraba.

Sé que si te hubiesen enseñado lo contrario de lo que aprendiste,
a pesar de las circunstancias adversas,
me estarías queriendo como yo te quiero,
cuanto más en la bonanza en que naufraga nuestro amor.

Me duele que el tiempo venidero no sea capaz de tornar el tiempo pasado.
Como en el ojo del huracán, escruto con el ojo de calma y silencio
el torbellino que nos rodea y desea arrastrarnos,
impunemente atrapados en un mundo
donde todas las cosas y sus seres están bien quietas por miedo.

Dirás que mi amor sublima y exagera,
como todo amor es un frenesí de fresas,
pero también exagera sin que podamos evitar
el desamor que da frenazos y bambolea.

Sé que cuando me ofrezcas la próxima vez tu mejilla, será el último beso
y mis labios no podrán dar un beso siquiera de encuentro y despedida.
Como hojas secas de pasión, que las quemó enfebrecidas un día de sol,
no volverán a reverdecer
por más agua fresca de amor que se vierta.
Las agostó agosto con desamor.

Cara de payaso

Embadurné mi cara untando la yema de mis dedos en cariño
rojo, rosado, suave, alegre para maquillarme las mejillas con manzanas.
Me puse una nariz nariguda para hacerte reír redonda, roja, suave.
Imité, inútilmente, con mi chaqueta de lunares corroídos
a los colores de tus sienes rojas, rosas, pálidas, suaves, alegres.

Entré en el escenario sin intentar imitar a una lágrima.
Entre tantas risotadas, varias, sin darme cuenta, corrían.
Escociéndome la piel de manera roja, rosa a pálida amarilla,
no quisiste advertir que ese momento del espectáculo era una despedida.

Entré en el escenario con cara de payaso, el alma con enfado.
Rememoré los instantes de calma en los instantes de amargura.
En un instante cupieron todas las desgracias, todas las dichas,
aun se atrevieron las comisuras de mis labios mordidos a apretar la sonrisa.

No te diste cuenta de que era mi actuación una despedida.
Espolvoreé mi cara con blancos polvos para disimular mi palidez.
Estornudé, se me escapó la risa por algo tan inesperado, entre tristezas,
antes de que mi frente abatida se desplomase sobre el refugio de mi
[brazo colgado.

Eras una multitud de una sola espectadora.
Para mí, seguías siendo el temor tembloroso del amor,
los escalofríos de la piel antes de amar,
la más bella sonrisa que unos labios se atrevieron a insinuarme.
Cuando me quedé a solas en el escenario desierto,
fueron apagándose una a una las luces bohemias de mi espíritu.
Una niebla negra, que no era sino la oscuridad que entraba por las rendijas,
me arrojó en cuclillas ante el espejo de un camerino, para verme tal
[cual era.

Ubicua

Estaba en el último rayo de luz del sol poniente,
en la claridad meridiana de la alcoba en tinieblas.
Si tus ojos negros de mirada cristalina miran con claridad,
miran las tinieblas.

Estaba en la risa jocosa, diáfana del niño por inocente.
Era lo que uno no es ni podrá ser nunca.
¡Cómo se van a poner mis lagos con sus lluvias,
resecos donde las ranas devoraban peces!

Estaba en el primer rayo de luz del sol de oriente,
luminosidad que hiere la gota de agua en sangre de arco iris.
¡Quién diría que la semilla de las sonrisas
volvería a florecer sobre los yermos páramos de mi tristeza!

Estaba solitaria a mi lado solitario para ser mi compañía.
Una magia femenina se aparecía ante mí,
porque sabía qué quería ser y no era.
Algo que la naturaleza quería hurtarme se resolvería
en las tumbas estériles de la decepción.

Mi mundo es ambiguo.
Estoy en todas las aristas que la joyera talló
en el cristal que quiso ser diamante.
Me propuse tallar y me descubriste
la necesidad de ti.

Asombro

Un gran precipicio se abre en los bordes de mi herida.
Un sentimiento que creía efímero cual la sorpresa furtiva
del primer relámpago amoroso
ha suspendido su trueno ensordecedor de estampida
en los valles con eco de mis oídos.

No acierto con mis nervios de culebra reptando, acariciadores por tu piel,
cosquilleantes por la piel de mi cuerpo.
Suspende en vilo el amanecer de este día su sol
como el capullo que espera su primavera para florecer.

Suspende el crepúsculo su entrada en el reino de las sombras,
por puro placer de asombro
ante el atrayente imán de los ojos negros de la noche.
No me hago rogar la sangre caliente de mi cuerpo
que espera ser poseída y poseer.

No niego que aguardo entrar en la cueva del mundo más ignota,
por la puerta de los portentos como Alí Babá
para robar a sus cuarenta ladrones,
por puro amor hacia el maravilloso tesoro
que, misterioso, guarda la llave del amor.

Es efímera la gota de agua evaporada al más leve contacto
de la piel húmeda con el aire,
pero no el sentimiento que deseó verter la lágrima.
Podrá mi asombro por ti no volver a padecer el terremoto
de ti cuando te conocí,
pero mi espíritu yace derruido al pie
de todos los edificios de tu alma.

Los cínicos del amor

Son tan cínicos que hasta cuando se enamoran aman
con la espada de Damocles sobre la cabeza de los otros.
Siempre se salvan porque saben
que siempre habrá, fatalmente, gente necesitada de amor
que los amará.

Son cínicos hasta para enamorarse,
como si el desamor se olvidara en un instante.
Son muy fuertes, aunque parezcan delicados y de suaves modales.
¿Hay algo más poderoso que el saber mantener el tipo y la posición
contra la paz y el amor?

Son los vencedores de todas las guerras del odio y del amor,
porque no son soldados de ninguna que se pierda.
Su infame uniforme y desvaída bandera no son de tela,
su sangre es oro líquido de Ley de terrible pureza.

Se pasan la vida izando y/o arriando banderas,
pero nunca defienden con fe lo que sus labios besan.
No quieren defender el beso último que dieron
y saben callar
si alguien les recuerda que el anterior fue provechoso.

Somos como muñecos de trapo entre sus manos de piel de acero.
Saben que nuestra debilidad es congénita y adquirida,
porque sufrimos la fragilidad de amar y no el amor frágil de ellos,
padecemos el amor como enfermedad incurable y sin prevención.
Nos descubrieron y afilan sus tijeras, sables
y herramientas de cortar hilos de marionetas.

La forja de tu corona

Fui el hombre que se pasó la vida forjando una corona
para que se ciñese a una reina,
un tejedor que quiso hacer un vestido sólido
de ilusión por tela.

Fui el hombre que amó a aquella
a quien desconocemos
y es ignorado por ella
solo por ser un desconocido adulador.

Tengo yo la voluntad de dar amor,
tú toda la falta de generosidad de no recibirlo.
Sé que vas desnuda por los caminos al encuentro de riquezas,
pero el poder que te regales te robará mi amistad.

La maldad es peligrosa, porque su apariencia engaña,
dañina, porque ante la inocencia su rencor no retrocede,
escupe su falta de saciedad desde la garganta de los mares,
coquetea con el odio para hacer del vicio su virtud.

Te hablo de coronas de ilusión por ceñir,
manos perfumadas de cortar flores.
Otros te hablarán de blandir espadas vengadoras,
de defender contra los seres las cosas.

Tengo, como perdedor, la partida errada de antemano,
pero tú no conseguirás jamás la dicha de la gloria.
Los jugadores de ventaja pagan los ases de la manga
con una victoria pírrica, tan lúgubre que se arrincona desahuciada.

Ante el altar de tu templo

Como la yerba suspira por la lluvia que es vida,
el aire, el viento que le arrastra y dispersa,
el preludio del desamor, el olvido del amor,
así yazco de hinojos ante el altar de tu templo.

Las diosas inventaron el castigo de los hombres,
pero los verdugos que te amaron hacen más doloroso
el que los hayas amado.
Llevas en tu piel fina de hembra el clamor de mis sentidos.

Pero mis sentidos, por tu culpa, yacen perezosos y cohibidos.
Este amor torna su carne espontánea en odio meditado.
Se vuelven taciturnos los ojos que creyeron ver el esplendor
y los pájaros del alba retornan como murciélagos del ocaso.

Las palomas que volaron como raudas mensajeras
volvieron como aves nocturnas, rapaces al acecho.
No vengo a que me confieses ni absuelvas,
no rezo, no suplico, no imploro perdón ante tu altar.

No venero la imagen sagrada que eres en este templo.
Si mis rodillas yacen hincadas en el suelo, así postrado,
es porque aguardo tu último abatimiento,
mi último estertor y espero.